

de un lugar donde la hembra dé á luz sus cachorros. A mi entender, esta circunstancia prueba, al menos, que la reproducción solo se hace en los bosques impenetrables de los montes Carpatos, y que los jóvenes lince que los cazadores encuentran en las faldas de dichos montes, solo se atreven á salir de las espesuras, para dedicarse á la rapiña.» De igual manera se expresa Nolken: «Sobre la reproducción del lince no sé nada, puesto que nunca he oído decir que álguien hallase una madriguera. Esto es tanto mas sorprendente, cuanto que en mayo y junio nuestros aldeanos salen en masa á buscar madrigueras de osos. Con este objeto los bosques son minuciosamente registrados y á menudo con buen éxito. Presto por consiguiente toda fe á la opinion de que los lince crían sus cachorros en guaridas de tejones y zorras; pero creo que en ciertos puntos inaccesibles de las florestas primitivas, como las que hay en mi país natal, habrá tambien alguna madriguera, inaccesible á todas las investigaciones.» Esto no



Fig. 153.—EL LINCE CARACAL

obstante, de vez en cuando se debe encontrar alguna, puesto que nos es dado tener lince jóvenes, y precisamente en estos últimos tiempos se cogen casi todos los años algunos individuos sueltos, aunque con mucha menos frecuencia que los grandes gatos del Africa, de América y del Asia del Sur.

CAUTIVIDAD.—El lince enjaulado es sin disputa uno de los gatos mas interesantes. Si llegan á poder del domador sin haber recibido en su juventud una instruccion cuidadosa, suelen mostrarse muy huraños y esquivos, pero no por esto dejan de llamar la atencion general. Yo he cuidado varios lince y hasta una vez tuve dos pertenecientes á las dos especies mas afines, la europea y la canadiense, y además, he observado otros muchos en jardines zoológicos, y puedo por consiguiente hablar por experiencia propia.

Son, como dije en mi obra *Los animales del bosque*, comparados con los demás individuos de su familia, rudos, obstinados y holgazanes; yacen, inmóviles como estatuas de

sin el menor esfuerzo, luego recobran su actitud primitiva, etc. Entonces, ya repuestos y completamente tranquilos, no se mueven aunque el observador pase muy cerca de la jaula. Toda su reflexion se concentra sobre la incitante presa que no han podido atacar.

Con gran pesar de los directores de jardines zoológicos, los lince no pertenecen á las especies de gatos fáciles de guardar, antes bien exigen asiduos cuidados.

El mal tiempo les afecta un poco y, por supuesto, han de tener continuamente un lecho seco y estar fuera de la corriente de aire; además, son mucho mas caprichosos para los alimentos que los otros gatos de su tamaño. Solo toman carne de la mejor calidad y exigen variedad de alimento. De este modo persisten en su buen estado. Pero á pesar del trato cuidadoso, sucumben á veces por efecto de enfermedades repentinas, las cuales apenas se anuncian pocas horas antes con un cambio general que experimentan en su conducta. Por esto los empleados de los jardines zoológicos los consideran como animales sumamente sensibles y delicados. En cambio parece que sucede todo lo contrario, si al lince, aunque cautivo, se le concede cierta libertad. Somos deudores á Loewis de una relacion tan interesante como instructiva, respecto á un lince hembra que él tenia en cautividad. «Tres son las cosas, dice, que considero especialmente dignas de ser mencionadas; primero que, contra la opinion predomi-

nante, tambien un animal de la familia de los gatos, como es el lince, merece ocupar por su capacidad intelectual, uno de los primeros puestos entre los carnívoros mamíferos; segundo, que la salud de un lince preso y acostumbrado al trato del hombre exige muchos cuidados y presenta muchas dificultades, segun la opinion general que desgraciadamente nos vemos obligados á admitir con frecuencia; y por último, que es el mayor enemigo de los gatos domésticos, lo cual tal vez explica el por qué no se encuentra simultáneamente en una misma comarca el lince y el gato salvaje.

»Pocos meses me bastaron para hacer comprender muy bien á mi joven lince el nombre de *Lucy* que le habia puesto. Entre los muchos nombres con que llamaba yo á mis perros en mis cacerías, distinguia siempre el suyo, y acudia á mi llamamiento con ejemplar obediencia. Le pude enseñar tan fácil y completamente, que cuando se entregaba con ferocidad y pasion á la caza vedada de liebres, volatería ú ovejas,

si llegaba á sus oídos mi voz amenazadora, arrastrábase por el suelo avergonzado y pidiendo perdon como los perros. Cuando oia el disparo de una escopeta, corria velozmente, comprendiendo que se trataba de alguna presa, de la cual le tocaria una parte para satisfacer su apetito. Si se habia alejado tanto que no pudiese oír mi voz, bastaba la detonacion para hacerle volver á todo escape. Tiene para mí una especial importancia en el reconocimiento de sus facultades intelectuales, la manera con que hacia su enérgica guerra á las liebres y palomos, á cuya carne, como buen conocedor, sabia hacer los merecidos honores. *Lucy* me seguia voluntariamente y hasta con aficion á todas las cazas de otoño, permaneciendo siempre conmigo. Cuando se levantaba una pobre liebre delante de nosotros, ó cuando venia otra perseguida por los perros, empezaba el lince la caza con mas ardor, y á pesar de su indescriptible excitacion, conservaba siempre toda su sangre fria, para calcular, al menos en apariencia, con certe-

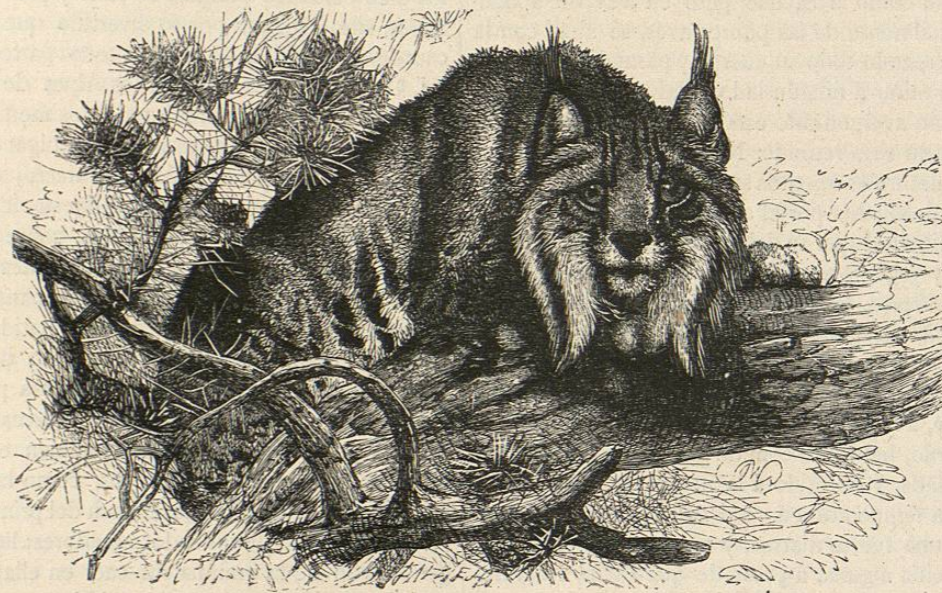


Fig. 154.—EL LINCE COMUN Ó DE EUROPA

za, la proporcion entre su rapidez y la velocidad de la carrera de la liebre. Solamente cuando esta le llevaba decidida ventaja, apelaba á la manera de cazar tan comun en los felinos, que consiste en dar pocos saltos, pero enormes. Cuando, al contrario, la velocidad era igual, seguia á su presa por espesuras y claros, por bosques y campos, por entre las matas, como un galgo, obteniendo entonces muchas veces un resultado favorable. Despues de haberse engañado en varias ocasiones, al querer atrapar palomos que andaban por el suelo, mudó muy pronto de táctica para atacarlos. No saltaba ya hácia el punto en que descansaba su alada presa, sino que la cogia en el aire, dando un salto bien calculado.

»Comunmente se niega la facultad que estos felinos tienen de poderse acostumbrar á ciertas personas, recibir órdenes de ellas y obedecerlas. No me pararé á considerar hasta qué punto es esto razonable en cuanto al gato comun, pero sí me ha probado el lince pequeño criado por mí, que su especie se porta de otro modo con el hombre. No obedecia sino á mi voz y á la de mi hermano, ni tampoco mostraba reserva ni respeto con nadie sino con nosotros. Cuando ambos estábamos ausentes en el mismo dia, nadie podia dominar á *Lucy*; pues atacaba á las gallinas, á los patos y á los gansos que cruzaban por su camino. Al oscurecer, trepaba al tejado de la casa y allí descansaba, apoyado en una chimenea.

»Cuando ya muy tarde ó á media noche paraba el coche

delante de la puerta de la casa, el animal bajaba en pocos saltos desde el tejado de la casa al del vestíbulo; llamándole entonces por su nombre, el fiel animal se deslizaba rápidamente por las columnas, venia dando grandes saltos, brincaba á mi pecho, me abrazaba con sus piernas anteriores, roncando, tocándose y rascándose la cabeza contra la mia, como suelen hacerlo los gatos; despues nos seguia á la habitacion para buscar su sitio de descanso en el sofá, en la cama ó al lado de la estufa. Varias veces durmió con nosotros en la cama, y una vez causó á su amo, por haberse echado á través sobre su cuello, sueños desagradables y pesadillas.

»En cierta ocasion mi hermano y yo estuvimos ausentes toda una semana. El lince huyó durante este tiempo de los hombres, buscándonos con grandes gritos y mostrando inquietud; ya el segundo dia estableció su residencia en un bosque cercado de álamos blancos, sin recibir alimento de la cocina. Solamente por la noche volvia á su puesto ordinario al lado de la chimenea. Cuando volvimos, ya de noche, su alegría por nuestro regreso fué extraordinaria. Bajó del tejado como un rayo, lanzándose á mi cuello y casi sofocándose con sus caricias, y lo propio hizo con mi hermano. Desde aquel momento volvió á su vida acostumbrada y daba, como antes, á todos los de la casa un espectáculo interesantísimo y raro, cuando se tendia de noche detrás de mi madre sobre el sofá, dejando oír su run-run bostezando ó roncando.

»Sus sentimientos de orgullo y de vergüenza también estaban bastante desarrollados. Desde las ventanas de la casa observé una extraña escena que prueba algo de esto. El gran estanque estaba en noviembre cubierto de hielo y solamente en el medio habíase practicado un agujero para los gansos, que en gran número se divertían allí. Mi lince los miraba con ojos codiciosos. Arrastrándose por el hielo, se acercó á la bandada moviendo lleno de afán su colita. Los avispados descendientes de los salvadores del Capitolio se vuelven inquietos y alargan el cuello ante el peligro que les amenaza. Entonces se agacha nuestro cazador y, como una saeta, se abalanza con las garras salientes en medio de las aves aterrizadas; pero no había pensado en el elemento que protegía á la codiciada presa, y que había de burlar sus deseos. En vez de coger con cada garra un ganso, el lince cae con gran estrépito en el agua; pues todos los gansos ó habían saltado fuera del charco, ó se habían salvado sumergiéndose en él. Creí perdidos á los gansos que se hallaban todavía sobre el hielo, no sabiendo cómo arreglarse; pero en vez de apoderarse entonces fácilmente de las pobres aves, se alejó con la cabeza baja, chorreando todo su cuerpo y pasando por medio de los gansos sin mirar á ningún lado. Todos sus movimientos mostraron cuán avergonzado estaba, y se mantuvo oculto muchas horas en un sitio retirado. Ni el hambre ni la afición á la caza, ni sus naturales apetitos sanguinarios pudieron vencer la vergüenza producida por el ataque frustrado.

»Gracias á la libertad que se daba á este lince, estaba siempre alegre, sano y juguetón. Goloso en extremo, comía con preferencia carne fresca, caza y volatería. Se le daba su alimento con bastante irregularidad, ya porque no siempre se puede tener en el campo carne fresca, ya porque castigaban sus travesuras, haciéndole ayunar, amén de alguna que otra paliza; pero Lucy, á pesar de esto, gozaba de tanta salud, que una vez en invierno, habiendo comido gran cantidad de carne de cerdo muy salada, y dormido á la noche siguiente en el tejado, estando la temperatura á 10 ó 12°, le atacó á consecuencia de esto una fuerte diarrea, y no obstante, curó muy pronto, sin medicina alguna, á pesar de que dicha enfermedad es casi siempre mortal para los animales salvajes en cautividad. Nuestro lince quedó radicalmente curado de aquel peligroso mal.

»Lo más notable en Lucy era el concentrado odio que tenía á los gatos domésticos. Al principio del invierno había ya exterminado todos los gatos de la quinta de Panten. Los destrozaba con terrible furia. Un solo gato, favorito de la casa y protegido por la servidumbre, conservó su vida bastante tiempo. Al lince no se le permitía nunca entrar en el cuarto de los criados, y al gato se le prohibía salir. Cierta día observé á Lucy acurrucado sobre un gran montón de guijarros. Le llamé, pero el lince, de ordinario tan sociable y obediente, no quiso abandonar su puesto, y siguió allí con una paciencia y perseverancia inexplicables en un animal comunmente tan vivo y travieso. Temí que estuviese enfermo, puesto que continuaba quieto, á pesar de caer una lluvia fina, que el lince evitaba mucho en otras ocasiones. Me puse á observar, cuando súbitamente dió un salto como un rayo. Oí un grito terrible, acudí y vi el último de sus odiados gatos destrozado entre las garras de Lucy. Desgraciadamente no he podido averiguar si este había olfateado al enemigo entre las piedras, ó si le había visto entrar en el montón. Solamente una vez me atreví á llevar á Lucy conmigo á una hacienda vecina. Apenas hacia una hora que habíamos llegado allí, cuando el criado anunció que el lince acababa de matar un gato colorado. También en las casas de labranza era siempre su primera ocupación, buscar y matar los gatos; estos le aborrecían instintivamente más que al perro de la peor raza, porque al

menos contra este les quedaba el consuelo de la resistencia, al paso que Lucy los destrozaba en un momento y con mucha habilidad, sin distinción de sexo ni de tamaño.

»Habiendo regalado este lince al burgomaestre de Walk, muy aficionado á los animales, dejé de observarle; sin embargo, adquirí despues las siguientes noticias. Lucy no entró en celo ni una vez durante los cuatro años que vivió en la ciudad. Los deseos eróticos le pasaron por alto durante su cautividad; nunca se mostró malicioso, ni salvaje. Seducido por el dinero que le ofrecieron, el burgomaestre, que desgraciadamente era también comerciante, vendió el hermoso felino al dueño de una colección de animales que se exhibían de pueblo en pueblo, bajó la condición de que le fuese devuelto algunas semanas más tarde. Encerrado en una jaula de madera, el pobre Lucy recibió durante el traslado, á causa del mal camino, algunas contusiones insignificantes en apariencia, pero que le causaron la muerte antes de llegar al fin de su viaje.»

CAZA.— No solamente á causa de ser tan funesto para los bien cuidados parques de caza y para los rebaños de los Alpes, sino también por lo divertido que es perseguirle, los cazadores acometen al lince en todas partes donde se encuentra. Cuando se descubre en los Alpes de la Suiza un lince, se emplean, según Tschudi, todos los medios para apoderarse del peligroso ladrón; pero no tienen lugar cazas regulares, en razón á lo poco que abunda el carnívoro; comunmente es la casualidad la que entrega al cazador su víctima. Lo contrario sucede en regiones más accesibles, sobre todo en el norte, donde cada invierno se organizan grandes cacerías contra el lince. Se le coge de muy diferentes maneras; con trampas, atrayéndole con el cebo, en grandes batidas y con ayuda de los perros de presa. La caza por medio de trampas es muy poco segura, porque si bien el lince pasa por los mismos caminos, su territorio es generalmente demasiado grande para poder esperar un éxito seguro; también evita muchas veces con gran precaución las trampas, como ha sucedido con el que vivía en el distrito Rosenbach del príncipe de Liechtenstein, á despecho de todos los cazadores; llegando hasta á coger el cebo de la trampa sin caer en ella; pero al fin no le vale la astucia y queda cogido, si bien este caso sucede raras veces. Cuando se le atrapa vivo en la trampa, se pone verdaderamente rabioso. «Los que se han apoderado, dice Kobell, de lince vivos, han sido testigos muchas veces de su ferocidad y rabia, sobre todo cuando los animales han quedado sujetos únicamente por una pata delantera. Al llegar el cazador, el lince arranca la trampa, y por más que esta esté siempre amarrada con una cadena á un árbol, ó á fuertes raíces, se la lleva consigo, retirándose todo lo posible, fijando sus furiosas miradas en el hombre y rechinando horriblemente los dientes. Cuando cree poder coger al enemigo, se abalanza contra él, dando un salto tan poderoso, que espanta. En la mayor parte de los casos se arranca las uñas de la pata libre, ó se rompe una pierna á consecuencia de los esfuerzos que hace para soltarse. Sin embargo, el cazador Meyer de Oberwinkel ha sacado varios lince vivos de la trampa y se los ha llevado atados en un saco á Tegernsee. Para ejecutarlo se valía de un abeto joven, cortado, que colocaba sobre el lince y debajo de la raíz que sujetaba la trampa y oprimiendo así al animal contra el suelo, sentábase sobre el madero, acercándose por encima de él con precaución al lince. Despues le sujetaba las garras con fuertes lazos y le ponía una mordaza. Una vez llevó un lince, así ligado, hasta Munich, donde le vió el rey Maximiliano I.»

Más segura es la caza imitando el grito de otros animales, si bien, según Nolcken, nunca se emplea en el norte. No dudamos, sin embargo, de que el lince se deja engañar, imitándose el grito de un corzo, conejo ó liebre, de modo que el

cazador pueda disparar fácilmente sobre él, si tiene la precaución de ocultarse. Conocemos casos análogos del lince leopardo, y Kobell lo afirma también del lince comun. El cazador Agerer, que vivió aun á fines del año 1850, pudo hacer fuego en 1820 sobre una hembra acompañada de tres pequeños, que atrajo con el artificio del grito del corzo. En cuanto á las batidas, Nolcken nos ha dado últimamente noticias tan minuciosas como positivas. «En la mayor parte de los casos, dice, es fácil cercar al lince; á veces, empero, también tiene esto sus dificultades. Pasa con preferencia por los caminos predilectos de las liebres donde es muy difícil reconocer su huella. También le gustan los caminos comunes muy frecuentados y desde ellos pasa, como ya hemos dicho, con grandes saltos al centro de una espesura; de modo que de repente se pierde su rastro. En la batida misma se debe obrar de un modo muy distinto del que se emplea para con el zorro. Ningun animal se deja acorralar fácilmente por pocos ojeadores, pero el lince es mil veces más difícil de sorprender, lo cual consiste en la índole misma del animal. El lince es tímido, precavido y posee en alto grado esa sangre fría, esa presencia de ánimo, comunes á todos los felinos.

Huye del hombre, pero no teme el ruido, y por eso sucede muchas veces que hace su cama en el margen de un camino muy frecuentado. El cazador puede, por consiguiente, cortarle la retirada en todos los claros, sin que el lince haga caso de ello. Para conseguir algo se necesita entrar en la espesura, y además, disponer de un gran número de ojeadores, porque en el caso contrario, el juego al escondite no se acabaría nunca y la única caza que no llegaría á la vista del cazador, sería el lince. Esto depende, naturalmente, del sitio. Si la espesura se halla á espaldas de los tiradores y si comunica con otras por un trecho de bosque más ó menos ancho en que entonces sin duda se halla el camino recorrido por el lince, puede haber alguna esperanza.

Cuando, al contrario, la espesura en que se hace la batida está rodeada á modo de isla, de claros ó llanuras abiertas, todos los esfuerzos son vanos casi siempre. El lince deja tranquilamente que se acerquen los ojeadores, y calcula las distancias, muchas veces sin moverse. En caso de que le obliguen á salir, no huye en línea recta, sino que medita, escucha, evitando el peligro y agachándose de tiempo en tiempo, para dejar pasar á los cazadores. Cuando una batida no ha dado resultado, es menester volver á cercarle con un trineo preparado á este efecto, tan pronto como se pueda, pues el lince no se aleja de día y se le puede cercar y batir en cuanto aparece la aurora. Una segunda ó tercera batida da á veces más esperanza de obtener buen resultado, porque el lince abandona más fácilmente sus escondites accidentales que su madriguera fija. Los cazadores deben estar atentos, sobre todo cuando los ojeadores se hallan próximos á traspasar la línea, pues el lince desaparece casi siempre lo más tarde que puede.

En la espesura va al paso y alerta como los gatos y sin hacer ruido; más de repente se vuelve como un rayo, cambiando muchas veces de dirección. Cuando avista al cazador u otro objeto que le inspire desconfianza, huye de su alcance de un solo salto; pero cuando ha salvado el puesto peligroso, prosigue su marcha lentamente y con menos precaución. La caza con tralla es más interesante y segura que la batida. Los galgos son los perros que se emplean mejor para esta, como más fuertes y rápidos, y teniendo además la propiedad de cazar sin ladrar. Lo que principalmente conviene en estos perros es la rapidez; pues con un perro de pocas piernas no se obtiene resultado. Un buen perro que ha cazado varias veces al lince, ya no se deja engañar por la huella de una liebre. Cercado el lince, los tiradores se colocan en los

caminos que se suponen frecuentados por él, se suelta al perro cerca de la madriguera, y entonces es posible que el lince pase á tiro por delante del cazador, ó haga frente al perro ó se encarama á un árbol. En los dos últimos casos, el cazador puede apoderarse de él fácilmente, porque los furiosos y roncós ladridos del perro le guían al sitio donde se halla.

Cuando hace mucho frío, ó cuando la nieve se ha endurecido, el perro caza mal y pierde muchas veces la pista. En otras circunstancias, al parecer favorables, la caza tampoco da un buen resultado. El lince es maestro en dar vueltas y revueltas, en hacer mil rodeos y en saltar repentinamente en todas direcciones; corre á lo largo del tronco de un árbol medio caído y llegado al fin del mismo, da un asombroso salto lateral, internándose en la espesura. Otros innumerables artificios emplea para engañar al perro; y casi siempre lo logra, cuando este es poco corredor; entonces no se da gran prisa en huir del can que le persigue; solamente acosado muy de cerca por un perro veloz, apela á toda su agilidad, pero habiéndose con un perro que corra poco, no tiene el más mínimo cuidado, porque conoce muy bien que le aventaja en fuerza y posee más terribles armas, y únicamente huye porque no le gusta la lucha sin necesidad. Regularmente no sale de las espesuras, sino cuando teme al perro. Siempre que el ladrado de este anuncia que ha parado su presa, es menester que el cazador se dé toda la prisa que pueda, sin olvidar, no obstante, todas las precauciones, al acercarse al lince, para no hacerle huir en el caso de que se haya parado en el llano. Cuando ha subido á un árbol, debe retirarse el perro, antes de hacerse fuego, para impedirle atacar al enemigo en caso de que este no sucumba al primer disparo; pues entonces peligraría grandemente la vida del perro. Nolcken aconseja cazar con un solo perro, porque difícilmente se resuelve á atacar al lince, mientras que una jauría lo hace, comunmente con gran perjuicio suyo. Uno de los empleados de aquel excelente cazador dice que el lince, cuando se defiende de los perros, se echa de espaldas y emplea entonces las cuatro garras con una seguridad asombrosa y con resultados fatalísimos en la mayor parte de los casos. El ruido de la caza espanta poco al lince, como podemos ver en el siguiente suceso afirmado por Nolcken.

«El estrépito infernal de los ojeadores se oía ya muy cerca, cuando apareció un lince.

»Estaba aun algo lejos para recibir una descarga, cuando de repente se vió pasar una liebre blanca, levantada también por los ojeadores, que atravesó el espacio que había entre el lince y los que le esperaban. Sin hacer caso del ruido, el lince no pudo contenerse de perseguir á la liebre, dando los tres ó cuatro saltos acostumbrados.

»En lugar de coger su presa, recibió una descarga bien dirigida y bien merecida.»

Regularmente el lince huye del hombre tanto como puede: sin embargo le ataca desesperada y valerosamente cuando está acosado ó herido y entonces no es un adversario despreciable. «Erase en los últimos días de febrero, refiere el sueco Alberg, cuando encontré la huella de un lince. La región abundaba en lobos y por eso había puesto al perro el collar de agujones. Despues de una caza de dos ó tres horas, el lince llegó á cansarse y se detuvo cerca de un álamo blanco, donde el perro dió el ladrido de parada hasta que yo pude acercarme y tirar. Es muy posible que estuviese fuera de tiro, pues no observé ningún efecto, pero al apuntar con el otro cañon, vi que el lince se había precipitado de un salto sobre el perro. Empezó al momento una lucha encarnizada en que yo intervine para salvar á este. Conseguí mi intento, pero el carnívoro al dejar el perro me clavó las garras en las